

sideraría como un náufrago; estaría perdido para siempre.

Era tan ardiente y apasionada aquella súplica, que la joven se conmovió á su pesar. Para sofocar la voz de la simpatía lastimera que se alzaba en su pecho, recordó que quien así hablaba, se titulaba amigo de Gonzalo; y al recordarlo, sintió que la piedad naciente era sustituida en su alma por el enojo y la indignación. Así fué que brotó de sus labios este duro reproche:

—¡Y se llama Ud. amigo de Gonzalo!

Un rayo que hubiese caído á los pies de Luis, no le hubiera producido efecto más aterrador.

—Gonzalo, balbuceó, es mi amigo en efecto.....

—Pues no se conoce, insistió Ramona con ironía. Si fuera cierto, no hubiera Ud. hablado como acaba de hacerlo.

—¿Luego está Ud. todavía en correspondencia con él?

—Ud. bien lo sabe.

—No, repuso el mísero joven tan exangüe como un cadáver; le doy á Ud. mi palabra de caballero que lo ignoraba. Mi padre me dijo días há, sabía por el de Ud.

que esas relaciones estaban rotas; sólo por eso me he atrevido á revelar á Ud. mis sentimientos..... Sufriré que Ud. no me quiera, pues tal es mi suerte; pero no puedo resignarme á que Ud. me juzgue desleal. Quiero que Ud. me estime, aun cuando no me ame.

Vió Ramona en el rostro de Luis retratada la sinceridad más ingénuo, y deploró haber sido tan cruel y dura con él. No pudo menos de apreciar en lo mucho que valían los nobles rasgos de aquel corazón caballeroso; así es que oyó consolida el relato que le hizo el joven de los sucesos anteriores, dándose cuenta perfecta de lo que estaba pasando. Comprendió que se hallaba envuelta en una intriga de su propio padre. Comenzaba don Miguel á realizar la amenaza que le había hecho de destruir su dicha, haciéndola reñir con Gonzalo. Quizá la negra urdimbre hubiera dado los tristes resultados que Díaz buscaba, á haber sido menos estimables y buenos ambos jóvenes; pero no cabía en su ánimo la perfidia, y si no podían entenderse para amarse, comprendíanse á maravilla para estimarse mutuamente.

No tuvo empacho Ramona, en justa retribución á la franqueza con que Luis le había relatado la verdad de lo ocurrido, en contarle las penas que había sufrido con motivo del enojo de su padre. Díjole cómo éste se había empeñado en contrariar sus amores; cómo le había ordenado que les pusiese término; cómo ella lo había resistido por el grande amor que profesaba á Gonzalo; y, finalmente, cómo don Miguel, deseoso de orillar los acontecimientos al desenlace que se proponía, la había obligado á bailar contra su voluntad aquella noche.

Tan inocente y casta confianza dió por resultado que, penetrado Luis de la situación de la joven, compartiese sinceramente sus penas.

—Comprendo lo que debe Ud. padecer, díjola, porque para apreciar ajenos dolores, no hay como haberlos sufrido propios. Como soy desgraciado, porque no tengo esperanza de que Ud. me quiera, me duelo de Ud. y de que se le imponga el sacrificio de abandonar á quien ama. Ya que no me es posible aspirar á su amor, quiero manifestarla por cuantos medios estén á mi alcance, el interés que despierta su suerte

en mi corazón, para que nunca me recuerde con aversión ni con amargura...

—Eso no, repuso la joven con viveza, eso no, Luis; siempre le recordaré á Ud. con sumo afecto, como amigo leal y bondadoso.

—Para obtener esa dicha, prosiguió Luis, aspiro á merecerla. Me obligo á ayudarla á Ud. en cuanto pueda, para destruir los planes que tienden á destruir su felicidad. No sé cómo ni cuándo; pero sí le aseguro que, en cuanto de mí dependa, esos planes no se llevarán á cabo.

—Gracias, murmuró Ramona casi enternecida, es Ud. muy bueno; que Dios le haga dichoso.

Suspiró el joven con melancolía y limpió á hurtadillas con los dedos enguantados una lágrima rebelde, que asomaba á sus ojos. Y dijo con acento apagado:

—Eso ya no es posible.....

Mientras esto pasaba, no se oía por los salones más conversaci6n que la referente á los amores de Luis y de Ramona.

--Se conoce que se quieren mucho.

--¡Cómo se miran!

--Se casan este mismo mes.

—¡Quién pudiera decir otro tanto!

Tales eran las exclamaciones que resonaban por donde quiera, á la vista de aquella pareja. ¡Tan lejos así suelen estar la realidad y las apariencias en este pícaro mundo!

Cuando Luis condujo á la joven al lado de doña Paz, despidiose de ella dándole las gracias.

—Estoy asombrada de verte bailar, dijo doña Paz á su hija. ¿No habías protestado no hacerlo en toda la noche?

—Mamá, ya te contaré despacio lo que ha pasado. Por ahora sólo te digo que fui obligada por papá....

—Eso ya es otra cosa, repuso la buena señora, adivinando lo que podía haber sucedido.

—¿Y hubo algo de particular en la conversación con Luis?

—Sí, mamá, te lo contaré también.

—¿Y qué dices de él, hija?

—Que es muy simpático y muy bueno, y que desearía tener una hermana que le hiciera dichoso; porque pocos hay que merezcan serlo tanto como él.

Y Ramona siguió con mirada agradecida

al joven que se alejaba y perdía entre los grupos de bailarores.

Camposorio no había cesado de bailar en toda la noche. Iba *en grande tenue*, con chaleco blanco, dejando ver la blanca pechera de la camisa con botones de brillantes, luciendo frac de corte irreprochable, chinela de charol, elac bajo el brazo y guantes de color claro. A pesar de sus treinta y cinco años y de la mala vida que se había dado, conservaba un aspecto sano y juvenil. No había quien ignorase que le estaba dedicada la fiesta, y por lo que hace á él, la gozaba cuanto le era dable bailando, bebiendo, charlando y diciendo requiebros y ternezas á todas las jóvenes á quienes se aproximaba. De ese número fué Chole, quien quedó encantada de la gracia y apostura de aquel funcionario, en nada semejante á los otros jueces viejos, desaseados y feos que había conocido. El garbo de la joven, su carácter alegre y su conversación llena de *esprit* llenáronle también el ojo á Camposorio, como suele decirse.

—Parece Ud. una *parisienne*, decíala celebrándole sus frases; es Ud. encantadora.

La incauta joven sentíase elevar al sép-

timo cielo oyéndose decir tales cosas. Así es que tan bien pensaron uno de otro, y se sintieron tan contentos con su mútua compañía, que de allí en más, no se separó de ella don Enrique, y la joven dió de mano á los otros galanes, para dedicarse exclusivamente á recibir los homenajes de aquel caballero tan buen mozo, tan elegante y tan alegre.

Doña Paz y su hija notaron aquella unión inseparable; y se acercó á Chole la buena señora y la dijo con disimulo:

—No conviene que bailes tanto con ese señor.

Pero ella no se dió por entendida, porque estaba fuera de sí, deslumbrada, enloquecida. ¡Qué diferencia entre Camposorio y los demás galanes del pueblo! Eran unas figuras ridículas, comparados con este caballero tan culto y simpático. Pensaba en el maestro de escuela y le daba vergüenza; pensaba en Esteban y le daba risa. ¡Qué atrevimiento el de poner en ella los ojos, cuando había sido criada para figurar en altas esferas sociales, y al lado de un hombre hermoso, bien vestido, brillante....; no como ellos, feos, cursis, deslucidos! No

hay palabras con qué pintar su infinita satisfacción cuando se sentía llevada en los brazos de aquel parisiense, al vértigo del baile, en medio de luces que giraban y de espejos que lanzaban reflejos deslumbradores. Ninguna citalense más que ella, había llamado la atención de aquel guapo mozo; desde que se le aproximó no volvió ya á separársele. ¡Qué triunfo tan espléndido!

Condújola Camposorio á la mesa, llegada la hora de la cena; sentose á su lado, obsequiada, sirviola ricos manjares y escanciola del mejor vino; y ¡cuántas copas la hizo apurar con palabras irresistibles y modales finísimos! Bien veía ella que aquellos vinos exquisitos y aromáticos, el jerez oloroso, el champaña opalino, el padre Kerman dulce como el almíbar.... todas esas ambrosías le montaban á la cabeza juntamente con la música, con el estrépito, con la inmensa alegría que resonaba por todas partes; pero ¡qué importaba! Era preciso prolongar aquellos felices instantes, y acrecentar más, mucho más la intensidad del goce..... Y riendo, charlando y desplegando el tesoro de sus gracias, entregábase confiada á la corriente del placer que la arreba-

taba en sus ondas, en tanto que Camposorio abrumaba los aires con su risa ruidosa, con sus anécdotas zumbonas y con sus encantadores *traits d'esprit*. Estaba radiante; era un astro en su apogeo.

De repente oyose el repiqueteo de un vaso sonado ex profeso para llamar la atención; y al mismo tiempo apareció don Miguel en pie, á un extremo de la mesa, con una copa de champaña en la mano.

—¡Silencio! ¡silencio! dijeron varias voces; Va á hablar don Miguel!

Calló la música y cesó el rumor de las conversaciones en torno de la mesa. El dueño de la casa elevó entonces la voz insegura.

—Señores, dijo, soy hombre rudo, y no sé hablar con elegancia; pero tomo la palabra, porque debo de hacerlo, y sobre todo... porque estoy muy contento, muy contento... Ustedes dispensen... Ya saben que he ganado un juicio, y que el señor licenciado Camposorio fué quien lo ganó, quiero decir quien me lo ganó... Ya saben que este baile está dedicado al señor licenciado, porque tiene mucho talento... y, que el talento del señor licenciado es el que

me ha hecho ganar el baile... quiero decir el negocio... Ustedes comprenden... yo no sé hablar... En fin, señores, háganme favor de *ayudarme* á tomar esta copita á la salud del señor licenciado, que es el santo de la fiesta.

Los circunstantes, muy alegres ya por lo opíparo de la cena, aplaudieron á rabiarse, y fueron á abrazar á don Miguel y á Camposorio; á aquel por su elocuencia ciceroniana, y á éste por su talento. El funcionario estaba radiante de felicidad, de vino y de orgullo.

—Permítanme ustedes, señores, dijo en lengua semigálica y poniéndose en pie, portar un *toast* á la salud del dueño de la casa que ha querido bien distinguirme de una manera tan amable. El cielo me es testigo que yo no olvidaré jamás esta hermosa fiesta que me ha estado dedicada. No merezco ser tan alabado, porque no he hecho que cumplir mi deber... El triunfo de don Miguel es debido á la justicia, porque como dice Chateaubriand, "ninguna causa triunfó á la larga, si no es fundada en razón y en justicia"...; Bebo, pues á la justicia, á don Miguel y á todos los presentes!

Aquello fué un vértigo. Una explosión de ruidosas palmadas signió al grandilocuente brindis; apuráronse y volviéronse á llenar las copas; hubo nuevos abrazos, apretones de manos, plácemes y otras mil demostraciones regocijadas de aprobación, que llevaron la alegría á su más alto punto. Entraron la confusión y el desorden báquicos en la alegre reunión, y todo se volvió carcajadas, conversaciones en voz alta, brindis, interpelaciones, promesas de amistad, declaraciones de simpatía, revelaciones de pequeños resentimientos, reconciliaciones, hurras y bravos, que se mezclaban en el aire al sonar de los platos, al retintín de las copas, y al estallido de los taponés del champaña.

Terminada la cena, volvieron al baile las parejas, y prosiguió la fiesta mucho más ruidosa, animada y embelesadora que nunca. Las niñas tímidas habían perdido la corteidad y adquirido desembarazo; las animosas y desenfadadas reían y charlaban franca y rasgadamente; los papás se olvidaban de cuidar á las hijas; los galanes mostrábanse verbosos, entusiastas, llenos de pasión y de brío. La casa toda parecía un manicomio,

conforme había entrado en movimiento. desorden y alharaca. No había rincón que no se viese invadido por los concurrentes, Habían acabado por hacerse de confianza y entraban y salían por todas partes, ya para hablar á solas, ya para dedicarse brándis privados, ora para descansar del bullicio, ó bien para dormir la mona, en los sillones, sofás y confidentes.

A merced de aquel barullo y de aquella gresca secundada por los músicos, á quienes se había confortado con comida y bebida suficientes para que pudiesen soportar la desvelada, buscaron su acomodo y le hallaron á todo su placer los circunstantes, colocándose cada cual junto á quien quiso, sin que hubiese quién lo llevara á mal, ni quién lo entorpeciese. Enamorados que se miraban de lejos y no podían hablarse nunca, por la vigilancia de la familia, no se apartaban un punto, bailaban cuanto querían y se sentaban en sillas contiguas. Reinaba sobre la muchedumbre aquel humor fácil y abierto que todo lo ve alegre y sencillo, que no reflexiona ni medita, y deja ir las cosas á medida del placer, con el único é íntimo deseo de que no se turbe la fiesta.

El pobre vejete padre de Chole, vestido con chaqueta y pantalones raídos y de antigua moda, miraba la zambra desde lejos, detrás de los pilares de los corredores y buscando la sombra. También él estaba un poco achispado, pues, á la hora en que los músicos habían descendido del tablado para invadir las mesas del ambigú, habíase atrevido á sentarse confundido con ellos, y aun á apurar los restos de las copas que los convidados habían dejado sin concluir. Con esto, y con algunas botellas de cerveza alemana con que fué obsequiado por la servidumbre, logró pescar una monita bastante alegre, que le hacía ver deslumbrantes las bujías, y todo muy hermoso, como si en un instante hubiese sido transformado en cuento de las *Mil y una noches* el mundo que le rodeaba. Miraba á su hija en brazos del perillán Camposorio, y se reía á solas desde su escondite, lleno de satisfacción, pensando que aquel gran personaje la había distinguido entre todas con honoríficas atenciones.

No perdió tiempo el funcionario. Lisonjeó á Chole, hízola mil cumplidos, la deslumbró con el relato de sus grandezas, la embelesó con sus anécdotas y donaires, y

acabó por cortejarla lisa y llanamente, declarándole su amor volcánico, que no le cabía en el pecho, y que clamaba á voz herida un poco de correspondencia para no ocasionarle la muerte. No estaba la joven en situación de reflexionar y saber á punto fijo lo que hacía; la fiesta, el vino, la admiración y el orgullo la tenían fuera de sí; de modo que no pudo resistir aquel ataque tan hábil como vigoroso. Olvidó la cartilla amorosa, que manda á las mujeres manifestarse incrédulas primeramente, de la pasión que se les confía; en seguida, pedir un plazo para contestar al interrogatorio sentimental; y luego sujetar á pruebas de agua, sol y sereno, verdaderas ordalías, al galán, antes de corresponderle. Así fué que, sin preámbulo ni meditación, sin dudas ni reticencias, contestó á don Enrique con un *sí* patente, rápido, febril, como quien cree que la ocasión es calva, y precisa asirla por el único cabello que tiene, para no dejarla escapar.

Concluyó el sarao cuando comenzaba á clarear la mañana. La campana de la iglesia llamaba ya á misa, y acudían al templo las personas devotas, cuando se disolvió la reunión, á modo de grotesco aquelarre des-

truído por los rayos del sol. Y se fueron los bailadores á sus casas á reponerse del desvelo, del cansancio, de la indigestión de la cena y de la irritación de los vinos.

Sólo doña Paz y Ramona habían conservado su equilibrio y compostura naturales, durante aquellas horas de delirio. Apenas desfloraron las copas con los labios y bien pronto se alejaron del ambigú, sorteando con habilidad todos los compromisos que se les presentaron, para no incurrir en ningún exceso, ni romper el sosiego de la mente. Cuando Camposorio, con la vista turbia, tarda la lengua, sombrero á media cabeza y sobretodo metido en un solo brazo, gritó: *¡la dégringolade!*, estaban ellas en su puesto, despidiendo amablemente á los invitados.

Acercose Chole á ellas, seguida por el padre, que se mantenía á una distancia respetuosa. Llegose á doña Paz y le dió un beso ruidoso; pasó luego á Ramona y estrechándola fuertemente entre los brazos, plantole dos en la mejilla, y la dijo con efusión:

—¡Adiós, chula!

Aprovechó Ramona aquellos momentos para decirla al oído, sin que la oyese Camposorio:

—¡Es casado el juez!

Estremeciose Chole, demudósele el semblante y quiso decir algo; pero no se atrevió, por tener encima los ojos de tantas personas. Limitose á clavar en Ramona los suyos con mirada atónita, y á murmurar por lo bajo:

—¡Si no hay nada! . . .

Pero la mísera se alejó llevando clavado en el pecho el dardo de la desconfianza. Dió el brazo á Camposorio, que se empeñó en acompañarla á su casa, sin hacer aprecio del padre, que caminaba en pos de ellos solo y con paso tardo; pero mantúvose en el camino obstinadamente callada, hasta que al llegar á la puerta dijo al galán:

—Dentro de un momento salgo á la ventana; espérame.

Llenose de júbilo el funcionario al oír aquella frase. No quería cosa mejor que continuar la conquista y adelantar en ella cuanto fuese posible. Estaba rendida la fortaleza; podía decir lo que César: *vini, vidi, vici*. ¡Oh, con cuánta fruición esperó para acercarse á la reja y prodigar á moza tan garrida el tesoro de ternezas que le bullía en los impacientes labios!



No tardó en dejarse oír el ruido que hacían las puertas al abrirse. Como fiera que salta sobre su presa, y sin más preámbulo, cogió la mano de la joven y cubriola de caricias.

—¡Cómo te adoro, Chole! dijo con acento trastornado.

—Un momento, repuso ella retirándola; necesito que hablemos seriamente.

—¡Seriamente! exclamó don Enrique riendo *¡allons donc!*

—Sí, seriamente.

—Las cosas serias son muy enfadosas.

—No te rías... no es cosa risible.

—*Voyons, ma belle*, á la salida del baile...

—Es el momento de tratar este asunto.... O te pones serio, ó me retiro .....escoge.

—Prefiero ponerme serio, horriblemente serio. Mirame ¿no te parezco bastante serio?

—Quiero que me contestes una cosa..... pero con verdad... sinceramente..... como caballero y como cristiano.

—¡*Mon Dieu!* ..... Me haces miedo *parole d'honneur*.

—¿Me contestas, sí ó nó?

—No te dejaré sin respuesta .....

—Me acaban de asegurar que eres casado.

Camposorio se turbó, vaciló y guardó silencio durante unos momentos.

—Vamos, responde: ¿es verdad que eres casado?..... ¿es cierto?

Logró el juez al fin dominar la sorpresa, y soltó una carcajada estridente.

—*Malheureusement oui*, dijo; pero ¿qué tenemos con eso? Podemos seguirnos amando *quand même*.

En aquel momento la luz naranjada de la aurora hirió su rostro, sorprendiendo en él un gesto de embriaguez, sensualidad y desvergüenza tan atroz y repugnante, que Chole sintió enrojecérsele el rostro; y, sin decir una palabra, ni articular una queja, dejó la ventana de improviso, y cerró las puertas de golpe y con estrépito. Quedó el tenorio perplejo por un rato, sin saber qué partido tomar, pues no había entrado en sus cálculos que pudiese sobrevenir un desenlace tan extraño á tan hermosa aventura; miró por algún tiempo fijamente la cerrada ventana con ojos de idiota, y al fin alejose de aquel sitio, encogiendo los hombros, haciendo equis y murmurando entre dientes los versos de Molière:

La tête d'une femme est comme une girouette  
Au haut d'une maison, qui tourne au premier vent,